



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

MÉDICOS ESCRITORES
JOSÉ DE LETAMENDI



Escritor de nota,
médico de talla,
es de los doctores
que honran á su patria.
Contra los microbios
nos ha puesto en guardia,
porque nos ha dicho
que ni Dios los mata

Lit. de Brabo, Desaguero, 14 y Carbon 7 Madrid.

SUMARIO

TEXTE: De todo un poco, por Luis Taboada.—Por dónde viene el dinero, por Vital Aza.—Un consejo, por Eduardo de Palacio.—Un sueño más, por José Taboada.—Jeroma, por José Estremera.—El retrato de Blasgusa, por Fiacre Velyros.—Espectáculos, por Luis Miranda Borge.—Cibanes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: José Letamendi.—Historia triste.—¡Olé mi tierra!, por Cilla.



Ahora los ladrones han dado en robar objetos oficiales. Del Ministerio de la Gobernación fué sustraído hace tiempo un reloj de sobremesa.

De la Diputación Provincial han desaparecido recientemente algunas prendas de vestir.

Y de la Casa Rústica del Retiro se han llevado dos distinguidos jóvenes varios adornos, entre ellos un espejo de cuerpo entero.

Después, otro ladrón más filósofo se puso á reflexionar y dijo:

—Hombre, tendría gusto en llevarme cualquier cosa del alto cuerpo colegislador.

Y se fué al Senado. Como tenía un físico muy agradable y andaba bastante bien de ropa exterior, penetró en la alta Cámara con el beneplácito de los porteros, que le vieron pasar y lo tomaron por el hijo mayor de uno de los padres de la patria.

El ladrón se introdujo en el despacho del presidente. Allí había sobre una chimenea un artístico reloj de bronce y unos candelabros preciosos.

—¡Qué lástima!—exclamó conmovido el apreciable ladrón.—He aquí unos objetos que van á ser juguete de los vaivenes políticos... ¡Oh inestabilidad de las cosas humanas!

Y se guardó el reloj y los candelabros debajo de la capa.

—Buenas tardes—dijo al pasar por la portería.

—Vaya V. con Dios—contestó un hujier.

Después éste notó que el joven había aumentado de volumen, y le preguntó amablemente:

—¿Está V. en estado interesante?

—Que yo sepa, no señor.

—¡Como veo ese bulto!...

El ladrón por toda respuesta echó á correr como si le persiguiera la banda del Hospicio.

—¡A ése, á ése!—iba diciendo el portero.

Unos barrenderos le soltaron varios lapos al pasar, pero él corría sin fijarse en estas pequeneces de cutis afuera.

Al fin y al cabo un valeroso polizone consiguió detenerle, y entonces declaró que se había llevado aquellos objetos, por un exceso de delicadeza mal entendido.

—Yo sabía que estos objetos habían sido adquiridos en tiempos del General Concha, enemigo político de esta situación, y creí que el actual Presidente no los vería con buenos ojos.

Y no pasó más, sino que el joven ladrón fué conducido á la cárcel modelo; pero es tal lo acostumbrados que estamos al saqueo, que ya no nos llaman la atención estas cosas.

Lo más corriente es oír en la calle conversaciones como esta:

—¿Qué hora tiene V., D. Ciriaco?

—¡Carape! Ya me han robado otra vez el reloj. ¡Y van tres!

—Tiene gracia.

—Sí señor; muchísima gracia. Estos tomadores son lo más ocurrentes del mundo...

Y el robado y su amigo se van calle abajo, riendo como unos simples.

Los tahoneros tratan de aumentar el precio del pan.

El alcalde, que es todo un hombre apesar de llamarse Fustigueras (que nadie más que él se llama así en el mundo), citó á los industriales á su despacho para hacerles ver la gravedad de la medida; pero ellos dicen que el que quiera lujos que los pague.

En vista de esta consoladora respuesta, tendremos que comerlos á los niños un día de estos.

Yo no creo que la subida del pan tenga que ver con el asunto; pero por si acaso, consignaré el hecho.

Un matrimonio cariñoso armó noches pasadas una bronca en cierto café de la villa. El esposo había cogido el bastón, que parecía el taco corto, y descargaba sobre las costillas ebúrneas de su dulce compañera todos los golpes de que era capaz. Ella se había encaramado sobre una silla, y arrancaba del occipital de su marido los pocos pelos que le quedaban.

Un niño que tenfan, de ocho años de edad, tomando la defensa de su buena madre, hincaba los dientes en las pan-torrillas del verdugo y ladraba como un faldero ofendido.

Quiso poner paz un espectador, y se le cayó encima el matrimonio. A una espectadora le dió el ataque nervioso, y un mozo, llevado de su natural amor á las cosas de la casa, cogió una bandeja y se la rompió en el cráneo al marido. Cuando ingresaban en la prevención los combatientes, pudo notarse que ella escupía frecuentemente como si se hubiese tragado un pelo.

—¿Es sangre lo que V. arroja?—le preguntó el inspector.

Y ella contestó con la mayor naturalidad:

—No señor: estoy echando los dientes.

Por fin van á arreglarnos la calle de Sevilla.

La verdad; comenzaba ya á intranquilizarme el asunto, porque yo soy como esos funcionarios con jubilación, oficiales retirados y demás gente de clases pasivas, que llevan el alta y baja de los edificios que se construyen, de los que se rebocan, y de los que se hunden.

Como no tienen nada que hacer, van, cogen y se meten en lo que no les importa; hasta en los asuntos de albañilería. Ellos conocen todas las metamorfosis que sufren las calles, y casi siempre le saludan á V. con estas frases:

—¿No ha visto V. qué casa han hecho en la Red de San Luis? ¡Morrocotuda!

Casi todos los albañiles que se caen de los cuartos pisos les han pasado rozando, y en su afán de investigarlo todo, penetran en las casas en construcción, conferencian con los peones y se manchan la levita de yeso.

—Pero papá—le dicen sus hijos,—vienes hecho un albañil...

—¡Qué casa!—contesta él.—Todo el suelo es de mosaico. ¡Vaya unas maderas!...

Los hay que hasta dan lecciones á los obreros.

—¡Eh, muchacho!—dicen á la mejor.—Echale más agua á ese yeso, que está muy duro. Parece mentira que no sepáis todavía el oficio. ¡Una cosa tan fácil!...

En cierta ocasión á un coronel retirado se le cayó encima una espuerta llena de clavos, que le dejaron la cabeza lo mismo que esos puños de bastón que usan los valientes. Otra vez los carpinteros tuvieron que extraer de entre las virutas á un exjefe superior de administración civil, que se había metido á examinar la solidez de un tabique, y aún no hace muchos días que se cayó dentro de una tinaja llena de asfalto, un presidente de sala jubilado, que quería saber cómo olía aquello.

No sé si he hablado á VV. del precioso libro de Constantino Gil, *Derecho cómico conyugal*.

Agotada la tercera edición de esta saladísima obra, acaba de ponerse á la venta la cuarta, corregida y aumentada con las *Leyes de Toro*.

Comprenla VV.

Es todo cuanto puedo decirles por hoy.

LUIS TABOADA.

POR DONDE VIENE EL DINERO

(EN CONFIANZA)

I

Me han dicho que un teniente de cazadores con doña Blasa Pérez está en amores, y según el amigo que me lo explica, la doña Blasa es fea, pero muy rica.

Lo cierto es que el teniente se da gran tono y en todos los teatros tiene su abono; va tirando el dinero que es un derroche; viste muy elegante, pasea en coche; tiene siempre cien duros en el bolsillo, y era há poco el alférez un pobrecillo...

Se me ocurre una duda: pregunta al cantor: ¿La paga de un teniente da para tanto?

II

Nicanora, modelo de costureras, es la envidia de todas sus compañeras.

¿Qué mantones los suyos más elegantes!
¿Y qué pendientes lleva de oro y brillantes!
Va á catés y á teatros, no tiene apuros,
y se compra pulseras de treinta duros!

Vivía en sotabanco, cerca del cielo,
y hoy vive en un segundo sin entresuelo.
Gasta en comer dos duros, justos, cabales,
y su jornal es sólo de cinco reales....

Ella lo paga todo, nunca da mico:
cómo se las arregla no me lo explico.
Sólo sé que me han dicho que está en amores
con un joven teniente de cazadores.

III

Anoche, estando en una peluquería sufriendo los tormentos de la agonía, oí que un caballero se lamentaba de no ver al que siempre le rasuraba.

—Dígame usted, maestro, ¿qué es de Juanillo?

—No me hable usted, don Roque, ¡valiente pillol!

—Hombre, ¡si parecía tan buen muchacho!

—Pues hace dos semanas que es un borracho.

Dice que ya no quiere ser peluquero,

y en bromas y en jaranas tira el dinero.

—¿El dinero? ¡Carape! yo no sabía...

—¿Ya ve usted!

—¿Le ha tocado la lotería?

—No señor.

—Pues entonces yo no me explico...

—¿Qué quiere usted! ¡Hay cosas!

—¿Dígame de chico!

—Lo cierto es que se junta con sus iguales y pillan unas *cachas* monumentales; que fuman tagarrinas á todo pasto y que siempre es Juanillo quien hace el gasto.

—¿V tiene novia?

—¡Vaya! Dice que ahora

habla con una chica! ¡la Nicanora!

¡Lectores, punto en boca! siga el secreto, que si esto se divulga me comprometo. Conque lo dicho, dicho, y ojo, señores! ¿Que nadie sepa nada de estos amores?

VITAL AZA

UN CONSEJO

¿Conque te van á casar?
Mira lo que vas á hacer,
que te pudiera pesar
si te da por engordar
ó si te da por crecer.

Castar un hombre de peso,
no machacho y sí machacho,
con joven, es un exceso,
y ya que te quiero mucho,
te doy mi opinión por eso.

¿Qué vas á hacer, desdichado,
si, de tu esposa al arrimo,
mientras andas ocupado,
sabes que te aparece un primo,
no carnal, sí encarnizado?

¿Cuál será tu porvenir,
si ella da en el buen humor
y no te deja vivir,
y en recompensa á su amor,
quiere que la hagas reír?

Y en esas noches de estío
podrás sacarla á paseo,
para evitar el hastío,
ó llevarla al veraneo;
pero, ¡y cuando venga el frío!

En el lecho conyugal
á solas con tu mujer,
y con un frío glacial,
desvenurado mortal,
¿con qué la has de entretener?

Contando cuento tras cuento,
recitando poesías,
fruto de tu entendimiento,
así la darás tormento
y envidias á los dos días.

No hay felicidad completa:
ella tendrá veleidades,
será hermosa, algo coqueta;
y que, comparando edades,
cual puede ser tu nieta.

¿Y si, por aberración
ó por un nuevo misterio,
os sale un niño llorón?
¿Tu podrás tomar en serio
el fruto de bendición?
Pues qué, ¿no te escanará,
siendo un hombre de solapa,
como nadie negará,
que el chico te llama «Papa»
y nunca diga «Papá»?

Mira que estás resentido
y no estás para esos trotes,
que el doctor te ha prohibido
que veas los monigotes,
si los pintan sin vestido.
Mira que es disparatar
lo que tú quieres hacer,
mira que te ha de pesar
si te da por engordar
ó si te da por crecer.

EDUARDO DE PALACIO.

JUGUETES Á PLUMA

UN SUEÑO MÁS

Á LUIS TABOADA

I

Andábase el diablo en busca de escondrijo donde ocultarse, rabo entre piernas, muy compungido, haciendo con los dientes á pura rabia aseó de uñas, y con las uñas tomándose el pelo á punto de sacarlo á raíz, humillado porque en tamaño de cuernos aventajábanle muchos y en cosas de ingenio ganábanle pocos, y con esto iban pasando por personajes de más nota los malvados y brutos que él, señor de finas malicias, la misma sabiduría en pecados y la suma inteligencia en picardías.

—No andan bien los oficios, cuando el mío tiene ya competidores que con serlo nada se meten en el bolsillo, ni vacian la barriga de viento.

Tal se decía el maldito, corrido y desesperado, cuando topé con él de manos á boca, yo infeliz, que no habiendo ya cosa que enajenar, ni trasto que dar en precio de fianza, flame con una memoria rellena de nombres y fechas, palabras é ideas del prójimo, un entendimiento trabajado y una voluntad fallida á dar cuenta de tales prendas al negociante en almas, prestamista acreditado; y llegué muy candorosamente pensando ganaría algo sobre el ánima, que aún la tenía por cosa en buen uso y no del todo despreciable.

Víle oculto tras el cuerpo de un senador, que era ó había sido, y estábase allí por ser el tal sujeto hombre que ocultaba multitud de papelotes sucios de compañías de ferrocarriles, de bancos y de empresas varias, y con ser mucho lo que ocultaba, aún podía esconder más con esconder al mismo diablo, y ocultara el infierno sus posaderas de mampara y su panza de fachada ostentosa; hablaba con un marido armado, no diré de pies á cabeza, porque los pies los tenía metidos en las botas que se había puesto con tomar posesión de un destino que le diera un personaje al tomar éste posesión de su puesto de marido; entre los dos estaba más que seguro el diablo.

Me fué imposible hablarle sino á voces, y fueron tales, que despertaron de su sueño á un magistrado que no bien despertó, dióse en firmar sentencias de cuantas causas le presentaban, y cuyas vistas le habían servido como adormideras.

Jamás viera yo desconcierto semejante al que reinaba en aquel lugar, que era húmedo y lóbrego, y yo pensé sería el infierno, y no era sino el mundo, porque según me dijo un mentiroso de gaceta, ya era el infierno lugar despoblado, y antes los hombres andaban en pescar y perder almas de diablos que éstos de aquéllos, y aun los diablos teníanse acá por desterrados, sino por hijos de Eva, que de tal madre hubieran hecho aborrecimiento, que ellos se perdieran por un gran pecado de soberbia, mas ella nos perdió por una golosina de huerto.

Bien conocí que no había salido del mundo luego que ví dos guindillas, ocupados en mirar y remirar á los que pasaban, y prendiendo al robado y al ladrón, al apaleado y al apaleador, pero dejando huir á éste y á los amigos de lo ajeno, de forma que más para perder á los buenos que para castigar á los malos se hallaban allí.

—Mira vuesa merced, si quiere perder el alma, no pierda tiempo, que la oferta es mucha, el género anda averiado y no es muy apetecido á la verdad, cosecháronse á poco almas de fosforitos, demasiado tiernas y ya pasadas. Si por soberbia se da, en poca estima han de tenerle, que hay soberbios á carretadas, especialmente en España, donde un cadete sueña mandar en dictador, ni hay abogado que no espere ser Ministro, ni médico que no abrigue la segura fortuna de ser el primero, y esto lo esperan todos, con lo cual, sin duda, pretenden recetarse unos á otros. Si es por avaricia, veo que hay quien supera á todo y roba á los trabajadores unos cén-

HISTORIA TRISTE



Me redondeo si acabo esta noche el tercer acto, lo admiten en seguida y...



Pues señor, ¿qué dirá la dama? ¡Porque aquí está el efecto!



Este parlamento es de primer orden. Aquí se hunde el teatro.



—¡Tú me has deshonrado, infame! permite que te lo llame.



Esto con fuego, ¡con mucho fuego!



Estos empresarios son unos bestias. Uno me queda... Vamos allá.



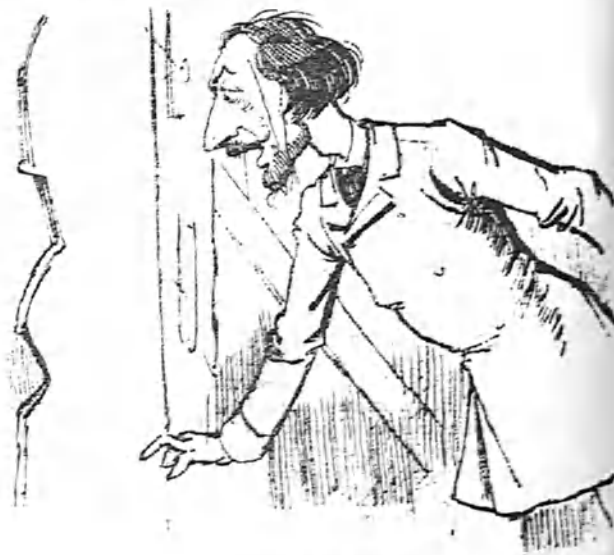
Procuraré darle mucha entonación dramática á ver si se impresiona, es decir, á ver si se despierta.



Esto es así, señora, cerrando el puño y enseñando el puñal, ¿estamos?



Misericordia, Dios mío!



Me parece que patean.



¡Bárbaros!



(Desde entonces no se han vuelto á tener noticias del interesado.)

timos de jornal para rabanillos aperitivos; si es Injuria, nada hay que decir, sino que inquieta y abraza á los niños de quince años, á punto de cansarles de la vida á los diez y siete...

Estábase el diablo en su charla, cuando llegóse á mí un hombrecillo moñetudo, panzudo, narigudo, muy bailarín de ojos, muy sutil de lengua, muy desenvuelto de manos, y díjome:

—A lo que veo, no está muy bien informado de lo que acontece en el mundo, y no es sino que venció en la competencia, y así es todo un infierno más revuelto y desconcertado que el otro de que fué empresario ó cosfital ese que se escondió acobardado de mí.

—Pues quién es vuesa merced, señor mío, para dar temor al diablo?—hube de preguntarle.

—No soy menos que un editor de libros alegres, llamados antes libros verdos, del propio ser y estilo de los del arcipreste de Hita, Boccaccio y Joublás...

—Mala peste te acorceme, zascandil—rugió el diablo, saliendo del escondite,—si no es tan cierto que mientes como es verdad que J. J. Jiménez Delgado es el autor de *Florinda*, cosa que puedes ver en la rifa del Ateneo.

Rióse el editor de la cara del diablo, por ser hombre que había por costumbre, antigua en él, reírse de las caras de desesperados con que solían atajarle los escritores, febriles de ingenio y famélicos de cara; irguióse el enemigo malo, como Sagasta en la oposición, y ostentó como caballo empenachado sus cuernos en pico, zarandó el rabo como quien fustea, y dijo con voz de portero de Ministerio apostrofando á turba de solicitantes:

—En mis tiempos se tentaba verdaderamente, y no como vosotros lo hacéis, que eso no es tentar, es corromper. Téngase el hombrecillo allá, que no dará imaginaciones al cenobita, ni ha de hacerle que tras la calavera y el Cristo pueda ver la hermosa figura desnuda, medio encubierta por gasa sutil, encollarada de perlas, dejando leves flotar los blondos rizos sobre los niveos hombros y espalda, ni acudís al que ayuna con labrada copa de cristal que muestre el licor como la gasa el cuerpo de la ninfa, y rico frutero de plata con rojas naranjas, apetitosas manzanas, racimos de uvas, fuentes de caza servidas por pages y damas... Ni tenéis la ruda malicia, ni la gentileza y apicaramiento de los decidores de cuentos y chascarrillos en que hacíase burlas de frailes impuros, mancebas grotescas y cobardes bribones; antes bien, sacian éstos la maldad gastada que no intentan hallar el punto frágil de la inocencia. Bien que todos son codiciosos, y de estos tales, los hay tigres y hienas, aquéllos devoran los ingenios más preclaros, y éstos desentieran vulgares autores que ni aun á mí me sirvieron. Hubo un poeta alemán que del dicho «el hombre es fuego, la mujer estopa, viene el diablo y sopla» hizo un poema. Cuenta, pues, que el pecado es mina que no explota bien los necios, y guardese de hacer á los malvados que entienden y saben lo que hacen, cómplices de cuanto desatino en tonto, de cuanto disparate y necedad se comete con eso que llaman pornografía, que es cosa (dicho con licencia) de puercos, y lleváis á las gentes á la suciedad del galicismo ó mal francés, no á la perdición, sino á lo corrompido y nauseabundo, y nosotros oleremos á azufre, pero no hederemos á basura, y á los mismos diablos (ais amagos de vómitos, torceduras de nariz, y ascos de vientre y de paladar. Corrompéis en negocio, y hacéis pecado por contrata, como cocineros de casa grande; sois lo peor que se puede ser, agustas de la malicia, compitiendo en podredumbre con los pasteleros, en mentiras de tragadera con los taberneros. Bastábanos á nosotros que soplara el viento alzando un tantico de falla para que con los invisibles pies de una andaluza hiciéramos de un San Bruño un Don Juan Tenorio, y á tu-fillo de guisos hacer que con la intención quebrantara el ayuno un carmelita, quedando hambriento y pacador, ¡Uf, vete de aquí, editor! que hasta que hube de verte, no conocí todo lo horrible de mi pena. ¡Fuí condenado á infierno, pero no á letina!

Dijo esto el diablo, y apretóse con entrambos dedos las puntas de las narices, y tapóse con la otra mano la boca, é hizo contorsiones, á punto de que un sanitario le hubiera tomado por marsellés, y hubiérale rociado de agua fénica y lavado con cloruro.

Demudado el rostro, con temblor de gelatina al plato, aterrado y con vista espantada miró el editor su casa, donde su mujer realizaba una de las aventuras de los libros que él editaba y huía con el aguador, que la llevaba metida en la cuba, y sus hijas, una, por ser morena, cambiábase en tinta de escribir en el serón del carbonero, y otra, por blanca, escondíase en un saco de cal cargado por el yesero, y el carro de la

basura; llevábase todos los libros por él editados, y los escritores habíanse hecho poceros de la villa por limpiar sus manos de inmundicia.

Y yo hube de decir al diablo lo propio que dijo Calabrés: *¿Cómo sienda tu padre de la mentira dices cosas que bastan á concertir una piedra?*

Y él replicó:

Vuelcelencia con curiosa atención mire esto, y no mire á quien lo dijo; que por la boca de una serpe de piedra, sale un caño de agua.

Y advierta, añadió, que no hay cosa para ser calumniado, como la mucha virtud ó la mucha maldad, que de aquella hacen melindres y desconfianza los que la envidian, y de ésta aumento los que pugnan por ser buenos, siendo malos, para que su maldad sea siempre chica, comparada con la maldad ajena; y por sincerísimo, he de escribir un libro, que he de poder llamar «mi libro» y ha de llevar por título *La biblia del diablo*.

Esto dijo, y yo desperté, haciendo por recordar la casa del diablo, y parecióme en todo semejante á la de un redomado neo...

JOSÉ ZAHONERO.

JEROMA

¿Que tú eres aquella que á mí me gustas?
¿Que tú eres Jeroma? Jamás lo diría.

Con aire de reina la linda muchacha que un tiempo ceñía gentil zagalejo, la más hazñera, la más vivaracha, la más juguetona de todo el concejo,
La niña que baja miedosa del coche mirando su paso menudo é incierto, ¿caso es la misma que vi aquella noche trepar por la higuera que había en mi huerto?
¿Tú en ricos palacios? ¿Tú en bellos jardines?
¿Tú, niña, tratada con grave enqueta?
¿Tú joya y encanto de cien paladines?
¿Tú en dulces coloquios, amable y discreta?
La niña que nace cual ave del monte, en jeta dorada su instinto no doma; aquella anhelaba más vasto horizonte: tú no eres aquella, tú no eres Jeroma.

Hoy cubres, medrosa, debajo de un velo tu cara de nieve que ayer fué morena. Hoy flores de trapo ostenta tu pelo que ayer adornaba la fresca verbeña.
Tu crespo cabello, que fué como endrino, es hoy como estambre de rubia panacha. Tu pie es más pequeño, y en rica botina ya miro cambiada la fuerte galocha.
En falda de cola de rico velludo hoy veo que truecas tu corto refajo; en cambio, tu pecho se ostenta desnudo... la tela de arriba se vino hoy abajo.
¡Ay! no eres la niña que á mí me llamaba con tiernos arrullos de agreste paloma, la flor de los campos que yo respetaba... Tú no eres aquella, tú no eres Jeroma.

JOSÉ ESTREMERÁ.

EL RETRATO DE MARGARITA

(ESTILOS)

VITAL AZA

¡Hablabas usted de salero?
Pues nada, fuera de guasa,
¡para garbo sandunguero,
la vecina del tercero
de mi casa!

¿Qué bonita es Margarita!
¿Qué bonita, y qué completa!...
y sería aun más bonita
si no fuera la malita
tan coqueta.

A cuántos la hacen el uso
los aceptan fácilmente,
y esto, hablando francamente,
no es ni digno, ni juicioso,
ni decente.

¿Qué ha de ser! ¿eso es manía
de muchachas informales!...
En fin, cuando el otro día
aceptó á tres oficiales
de Pasa!...

Comprendo que no la quiero
y no sé lo que me pasa,
pero el caso es que me muero
por la chica del tercero
de mi casa.

JOSÉ ESTREMERÁ

Mi vecinita
tiene unos ojos,
que con una mirada
me vuelven loco.
Y muchas veces
á solas pienso
—Si es así mi vecina
¿por qué la quiero?

Por todo el pueblo
dicen las gentes,
que como me quería
ya no me quiere;
y al ver que sufro,

y al ver que lloro,
sin composición se berlan
de mí los moros.

Perdi el encanto
de la esperanza,
al fijar mis amores
en una ingrata,
y muchas veces
á solas pienso:
—Si es así mi vecina,
¿por qué la quiero?

EDUARDO BUSTILLO

Pues como llamos diciendo,
la muchacha es hechicera,
para el bien tan indecisa
como para el mal resuelta.

En la calle, cuando pasa,
marcha con tal gentileza,
se mueve con tal donaire,
tan lista, tan pírpireta,
que no hay mujer, por envidia,
que no vuelva la cabeza
ni viejo que no la mire,
ni joven que no la quiera.
Pero está tan al corriente
de la maliciosa escuela.

y sabe tanto la chica,
cuando habla se lo enseña,
que según dicen las gentes,
no halla nunca la doncella
ni modales que la asusten,
ni palabras que la ofendan.

SINESIO DELGADO

Al hacer de esa manera
su retrato parecido,
habrá usted ya comprendido
que la chica es de primera;
pues con ligera excepción,
porque sólo son contadas,
parecen todas otras tantas
por este mismo patrón.

¡Así son hoy las mujeres!
Descarté coquetismo,
muchísimo amor un día,
pero al otro, ¿qué si quieres?
No se andan con reflexiones
decentes ni regulares;
¡el caso es querer á parca
aunque á todos digan novel!
Nunca ocultan imprudentes
sus amores embusteros,
y quieren que los solteros
las creamos... ¡Qué inocentes!

FEDERICO VILLAZÓN.

ESPECTÁCULOS

Esto anda mal, todo lo mal que puede andar una cosa en el mundo. No tienen VV. más que ver cómo estamos.

En la Zarzuela una compañía francesa que, según dicen, hace las delicias del escaso público que va allí á dormitar en santa calma; en la Comedia una compañía italiana, compuesta de apreciables actores que, según dicen también, borran las obras especificando con delicadeza los detalles...

Antes de pasar adelante; debo participar á VV. una cosa, y es que, por lo menos en la temporada actual, ha decaído de una manera notable la afición que se iba despertando en nuestro público hacia lo que no entienda. Entre el entusiasmo de años anteriores y la indiferencia de este, hay un abismo.

El abismo del sentido común, ayudado por la escasez de dinero y el cansancio de las cosas malas, causó también de la ausencia de público en nuestros coliseos durante la temporada que termina.

A más de esto, en la Alhambra, donde al parecer se ha refugiado el arte nacional, no hay tales carneros. Allí no se hace otra cosa que obras traducidas del francés de prisa y corriendo, para llenar el cartel, y encomendarlas luego á una compañía mediocre, como diría Cañete, que no puede con ellas. ¡Nada de los estrenos prometidos al inaugurar la segunda temporada!

Para remate de fiesta, las dos únicas novedades de que he de dar cuenta á VV. son arreglos del francés.

Ambas se las debemos al Teatro Lara.

La primera, *Narciso y Linónes*, del Sr. Penillán y Buxó, es un bonito juguete con visos de comedia de verdad.

Tiene el carácter distintivo de todas las obras del mismo autor, muchas filigranas de lenguaje, una versificación facilísima y correcta y un diálogo animado y vivo. Gustó y con razón. Distinguiéronse en la representación la Sra. Górriz, que celebraba su beneficio, y que además estaba muy guapa, y el Sr. Arana.

La segunda, *El ratoncillo Potes*, de Blasó hermano, es un diálogo hecho con suma gracia, venciendo las naturales dificultades del asunto. Este es nuevo, y bien entendido. Aunque el juguete no tiene más que una escena, los diversos incidentes que la animan, á cual más graciosos, sostienen el interés y la hilaridad de la concurrencia.

La beneficiada y el Sr. Romea interpretaron á maravilla sus papeles. Es cuanto tengo que decir á VV. Y, no hay que quejarse de prolijidad! —Luis MIRANDA BORGE.



El apreciable actor, y autor á ratos perdidos, Antonio Za-

more, ha ingresado en San Bernardino. Como director del Asilo, enténdemonos.

Y no huelga la advertencia, porque las dos profesiones de Zamora son de las que más tarde ó más temprano llevan á ese establecimiento.



En un anuncio de *La Correspondencia* leo que una linda joven desea pasar á Ultramar en calidad de doncella.
¡Señora, eso ya no es posible!



Escribame usted un papel
(dice una actriz á un autor),
y como acierte con él,
veremos si hago favor.
— De fijo me dará fama...
¿Y usted con qué se encariña?
— Hágame usted una dama.
— ¡Prefiero hacerla una niña!



Ha sido colocado en el Monte de Piedad de Málaga el señor Montes.

He ahí un funcionario en el puesto que le corresponde.



El Director de Correos, completamente restablecido de su última enfermedad, asiste ya á su despacho.

El que no se ha restablecido todavía es el buen servicio.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. M. A.—Huesca.—Lo siento mucho, pero artículos... ya se sabe, no puedo!

Sr. D. E. V.—Barcelona.—No es malejo. Acaso se publique; no lo juro ¡eh!

Sr. D. J. G.—Sevilla.—Si no es guasa, que lo parece, eso es horrible, y en el otro mundo le van á reventar á V. por hacer esas cosas.

Sr. D. R. A.—Madrid.—Poca cosa, poca cosa.

Sr. D. C. V.—Madrid.—No está mal eso de Lola, pero no me llena del todo porque resulta un poco vulgar.

Srta. D.^a I. M.—Zaragoza.—Digo lo mismo, y además sospecho que es usted un caballero.

Sr. D. S. T.—Valladolid.—Mire usted qué casualidad! También digo lo mismo.

Fábula.—Cartagena.—¡Hola! se ha picado V. ¿Pues hijo, no es cosa de estar escribiendo una hora para darle razones.

Sr. D. J. C.—Madrid.—Con formalidad, tiene V. felices disposiciones. Hay en sus versos algunos defectillos que se corregirán con el tiempo. Esta es mi opinión.

Sr. D. F. G.—Madrid.—Si no fuera tan cursi el final.

Un chifao.—Madrid.—¡Efectivamente! V. se ha conocido.

Desdichas.—Valencia.—Hombre... malos malos no son, pero publicables tampoco.

Sr. D. F. Z.—Madrid.—El epigrama ese tiene un asunto muy viejo, excesivamente viejo; se ha hecho ya de cien mil maneras.

Sr. D. R. G.—Madrid.—Medianos, palabra.

Sr. D. J. M. de L.—Sevilla.—Están bien hechos, si señor, pero la charada es una inocentada, las endechas son demasiado formalotas y el soneto es de un género que ha pasado de moda. Sepa V. que los seis últimos versos de los sonetos pueden rimarse á gusto del autor, y como el de V. hay diez millones.

Atreus.—Torres.—Bueno, pero hay que tener cuidado con el modo de echar flores á las muchachas porque se hace uno cursi en seguida.

Sr. D. J. B.—Madrid.—Que si son fuertes? ¡Demonio! si parece que los ha escrito V. con canariquina.

Sr. D. A. M.—Madrid.—Por querer jugar con el vocablo lo ha echado usted todo á perder, porque la cosa no tiene gracia.

Sr. D. E. G.—Zaragoza.—V. debe tener una idea de lo que son versos; pero tan ligera, tan ligera, que en fin, es la ligereza andando.

Poliúma.—Madrid.—El asunto es muy sabido y muy hecho. ¡Hombre, qué pseudónimo más bonito ha adoptado V.!

Sr. D. J. M.—Madrid.—Ya no es de actualidad.

Sr. D. J. de D. Z.—Madrid.—Ha gustado, y se publicará con algunas correcciones.

Sr. D. A. B.—Jerez.—No sirve.

Sr. D. S. Z.—Madrid.—Fuerte el epigrama y mal concluido el soneto.

Sr. D. A. A.—Madrid.—Los entellos, como V. dice, ni como entellos pueden pasar.

Sr. D. J. P.—Medina.—¿Es V. zapatero de veras? Me hace gracia aquello de que no quiere V. *morar*.

Sr. D. C. M.—Madrid.—Por el carácter de letra y la manera de decir la que quiere, y las inocentadas que se le ocurren, se me figura que V. anda á la escuela. ¡Eh!

MADRID, 1885.—Tipografía de MARIANO G. HERRERA, impresor de la Real Casa. Libertad, 16 duplicado, bajo.

¡OLÉ, MI TIERRA!



Van á la fiesta española que viene de prole en prole, y ni el Gobierno la abole ni habrá nadie que la abola.

ANUNCIOS

MADRID COMICO PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Precios de suscripción

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8. Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8. Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

Precios de venta

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50. A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número. Las suscripciones empiezan el día 1.º de cada mes, y en provincias no se admiten por menos de seis meses. No se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, Costanilla de los Ángeles, 7, 1.ª. DESPACHO, TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

7, MAGDALENA, 7, ENTRESUELO

LA CONFIANZA

EN VEINTICUATRO PLAZOS SEMANALES

Trajes á medida, lencería, camas, colchones, colchas, mantas, mantones, muebles y otros muchos efectos. Todos los géneros son superiores, y precios baratísimos, á lo que debe esta casa el gran favor que el público le dispensa. En las ventas al contado precios sin rival.

AL POBRE DIABLO 14, DESFENGAÑO, 14

Casa especial en calzado de caballero por lo elegante en la forma, y por su mucha economía.

PEINETAS DE NOVEDAD EN CELLULOIDE

Es una pasta que sustituye ventajosamente á la concha, en color rubio ó jaspeado, con la inmensa ventaja de que son inrompibles. Gran surtido y variedad de dibujos, pudiéndose hacer toda clase de encargos, en las formas y tamaños que se pidan.

Perfumería de Froya, Carmen. 1

COMPañIA COLONIAL PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA CHOCOLATES ACREDITADOS CAFÉS

29 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARIS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20 Sucursal..... Montara, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

MAGDALENA, 7, ENTRESUELO LA CONFIANZA MAGDALENA, 7, ENTRESUELO VENTAS A PLAZOS DESDE UNA PESETA SEMANAL

Nuestro sistema facilita á precios corrientes de plaza á toda persona, por modesta que sea su posición, si sus buenos antecedentes la garantizan, los géneros de nuestros almacenes, que son: trajes confeccionados á medida, capas, gabanes, sombreros, muebles de ebanistería y tapicería, camas de todas clases y formas, colchones, lana y muéllas, colchas, mantas, chales, lencería, mantelería, marinos y otros muchos géneros procedentes de las mejores fábricas del país y del extranjero.

GRAN SURTIDO DE CARRIKS PARA COCHEROS

Horas de despacho: de 9 á 1 y de 2 á 8 y media.